



La vida de cada hombre se beneficia de la protección y ayuda de los ángeles, a los que Dios ha encomendado nuestra guarda, custodia e intercesión. Son buenos amigos nuestros, por ser buenos amigos y servidores de Dios

Desde hace bastantes años es frecuente, en la literatura y en el cine de ficción, hablar de los extraterrestres: unos seres misteriosos e inteligentes, dotados de grandes poderes. La imaginación se despliega ampliamente al describir las facultades y las proezas de esos entes ficticios.

Sin embargo, la realidad es mucho más admirable y rica que la ficción. Los ángeles, seres espirituales, no corporales, creados por Dios, superan inconmensurablemente la inteligencia, la perfección y el poder de los así llamados extraterrestres. El Símbolo de Nicea-Constantinopla señala que Dios es el Creador “de todo lo visible e invisible”. Asimismo se expresa la profesión de fe del IV Concilio de Letrán: “al comienzo del tiempo, creó a la vez de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la mundana; luego, la criatura humana, que participa de las dos realidades, pues está compuesta de espíritu y de cuerpo”.

Los ángeles aparecen en la Biblia siempre como servidores y mensajeros de Dios, no como poderes independientes de Él, son “agentes de sus órdenes, atentos a la voz de su palabra” (*Salmo* 103, 20). Jesucristo afirma de ellos que contemplan “constantemente el rostro de mi Padre que está en los cielos” (*Mt* 18, 10). “En tanto que criaturas puramente espirituales, tienen inteligencia y voluntad: son criaturas personales (...) e inmortales (...). Superan en perfección a todas las criaturas visibles. El resplandor de su gloria es testimonio de ello” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 330).

Las intervenciones de los ángeles recorren constantemente las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento, al servicio de los planes divinos para la salvación de los hombres. En los umbrales de la Redención el ángel **Gabriel** anuncia el nacimiento de Jesucristo y de su precursor **San Juan Bautista** (cf. *Lc* 1, 11.26). Los ángeles están al servicio de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por Él y para Él” (*Col* 1, 16). Son mensajeros de la salvación: “¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?” (*Heb* 1, 14). A lo largo de la vida terrena de Jesús, desde la Encarnación a la Ascensión los ángeles le adoran y le sirven: en su nacimiento, en su infancia, en su penitencia en el desierto, en su agonía de Getsemaní, en el anuncio de su Resurrección. Y lo harán también en su segunda venida, “cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles” (*Mt* 25, 31).

La vida de cada hombre se beneficia de la protección y ayuda de los ángeles, a los que Dios ha encomendado nuestra guarda, custodia e intercesión. Son buenos amigos nuestros, por ser buenos amigos y servidores de Dios.

Sin embargo no todos lo fueron. Hubo en los comienzos una prueba, en la que algunos sucumbieron. El Concilio IV de Letrán, del año 1215, enseña: “El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos”. El pecado de estos ángeles fue un rechazo libre, radical e irrevocable, ya que en ellos no hay arrepentimiento. “La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquél a quien Jesús llama «homicida desde el principio» (*Jn* 8, 44) y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre (cf. *Mt* 4, 1-11). «El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo» (*1 Jn* 3, 8). La más grave en consecuencias de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios” (*Catecismo...*, n. 394).

El poder de Satanás no es ilimitado. Actúa por odio a Dios y envidia

Los ángeles

Publicado: Viernes, 29 Mayo 2020 01:11

Escrito por Rafael María de Balbín

de los hombres, y causa muchos males. Pero Dios, en su providencia, permite su acción; pues sabe obtener, aun de los peores males, grandes bienes para sus hijos: “nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (Rom 8, 28).

Es muy bueno acudir a los ángeles, invocarlos y reverenciarlos. Pero esa devoción debe llevarnos a Dios, no debe ser al margen de Él. Porque si bien es verdad que hay ángeles *independientes*, esos ángeles se llaman demonios.

Rafael María de Balbín